

## Trigésimo Domingo del Tiempo Ordinario C2019

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la oración. Muestran que Dios escucha el clamor de quienes lo invocan. Nos invitan a dirigirnos a Dios en nuestras oraciones con un espíritu de humildad y confesión de nuestros pecados.

La primera lectura habla de la justicia de Dios hacia los seres humanos. Muestra que la justicia de Dios es sin parcialidad. También muestra que, aunque Dios es imparcial, escucha de buena gana los gritos de los oprimidos, los huérfanos, las viudas y los humildes.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es un juez justo. También existe la idea de que Dios escucha los gritos de los pobres. La última idea está relacionada con la certeza de que la súplica de los humildes encuentra gracia ante Dios.

Este texto nos ayuda a entender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús habla de la actitud correcta en la oración. En primer lugar, el Evangelio comienza con una parábola que Jesús contó sobre los que están convencidos de su justicia y desprecian a los demás.

Describe el caso de un fariseo y un publicano que fueron al templo a rezar. Muestra cómo el fariseo, lleno de sí mismo, se jactó de sus méritos en su oración mientras el publicano, consciente de sus muchos pecados, le pidió perdón y misericordia a Dios.

Después de esto, el Evangelio da la reacción de Jesús quien dice que Dios escuchó la oración del publicano y no la del fariseo. El Evangelio termina con la declaración de Jesús que dice que el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido.

¿Qué aprendemos del Evangelio de hoy? Hoy quiero hablar del verdadero espíritu de oración. ¿Qué quiero decir con esto? Déjame explicar. De hecho, como seres humanos, somos muy diferentes según nuestra naturaleza y carácter. Algunos son tímidos, otros son francos. Algunos son reflexivos y considerados en lo que hacen. A otros no les importa en absoluto lo que dicen o hacen y, en consecuencia, todo lo que puede afectar a las personas a su alrededor.

Sin embargo, a pesar de nuestras diferencias, hay algo que tenemos en común, es decir, la dignidad de ser humanos. Es esta dignidad la que está en el origen del orgullo que todos tenemos o mostramos en un momento u otro de nuestra vida.

El orgullo no siempre es negativo porque mejora nuestra autoestima. Sin embargo, el orgullo puede cegarnos sobre nuestro propio valor y llevarnos a menospreciar a los demás. En este sentido, puede llevar a algunas personas a ser narcisistas, arrogantes y condescendientes. Como el orgullo es sobre todo un rasgo de carácter, puede afectar incluso la forma en que oramos, como vemos en el caso de la oración del fariseo.

No hay duda de que el fariseo del Evangelio parece ser un buen hombre religioso. No solo respeta la Ley, sino que también ayuna y paga los diezmos. Pero, ¿le da derecho a menospreciar al publicano o a pensar que es mejor que él? Después de todo, ¿cuál fue la razón por la que fue al templo? ¿Fue para rezar o para compararse con el publicano?

Al jactarse de sí mismo y de lo que hace, el fariseo considera a Dios como un comerciante con el que tiene que negociar. Es como decirle a Dios: "Ya ves cuánto respeto la Ley, págame por eso". O "porque este publicano no respeta la Ley, no le dé lo que está pidiendo en su oración". Creo que esa es la razón por la que está mostrando sus buenas obras para que Dios pueda recompensarlo por ellas.

También creo que esta es la razón por la cual su oración no fue escuchada, porque la Iglesia no es un lugar donde venimos para mostrar nuestras obras o para señalar con el dedo a los

demás, sean personas malas o no. En verdad, vamos a la iglesia con la idea de abrir humildemente nuestros corazones a Dios y dejar que él nos hable a través de las Sagradas Escrituras para que seamos mejores personas. Cualquier oración que ignore este requisito está mal.

En este sentido, cuando Jesús dice que se escuchó la oración del publicano, no asume que su vida fue ejemplar. Lo que quiere decirnos es que cualquier buena relación con Dios comienza con el reconocimiento de nuestra indignidad ante él. Es por esta razón que comenzamos cada Misa con Kyrie Eleison para que Dios perdone nuestros pecados y nos haga dignos de él.

En otras palabras, nuestro estado espiritual ante Dios tiene que estar enraizado en buscar la misericordia de Dios y no en alardear de nuestras buenas obras. Si hacemos lo contrario, es una señal de que no hemos entendido que todo lo que somos es por la gracia y la misericordia de Dios. Es por eso que no es espiritualmente edificante si nos acercamos a Dios con la idea de jactarnos de nuestros méritos.

Esta es la trampa en la que ha caído el fariseo. En lugar de estar abierto a Dios en la oración, está atrapado en sí mismo, convencido de su justicia. Para los que lo miraban, pensaban que estaba completamente en la oración, pero en realidad no estaba dando gracias a Dios tanto como se deleitaba en sí mismo. No le pidió misericordia a Dios. A sus ojos, no necesitaba la misericordia de Dios porque era demasiado bueno. Al final, salió del templo tal como había entrado, sin nada más que su arrogancia espiritual.

El drama en todo esto es que el "fariseísmo" no está muerto. Todavía está presente en nuestro medio. Cada vez que nos comparamos con los demás y pensamos que somos mejores que ellos, solo jugamos el juego de los fariseos. Quizás podamos sentirnos bien en nuestra oración, pero esto no significa que Dios nos escuchó; Solo somos arrogantes.

A diferencia del fariseo, el publicano es consciente de sus muchos pecados. No se atreve a levantar los ojos al cielo. Lo que quiere es solo la misericordia de Dios. Y, como pidió misericordia, recibió misericordia. De la misma manera, cuando venimos a la Iglesia en busca de la misericordia de Dios, dejamos a la Iglesia viviendo bajo su misericordia.

El publicano, de hecho, nos enseña que lo que Dios quiere de nosotros es nuestra conversión de corazón. Es por eso que cuando nos encontramos con personas que dicen que han hecho cosas imperdonables en su vida, tenemos que contarles la historia del publicano. A los que dicen que no pueden ir a la Iglesia porque están convencidos de que no pertenecen allí, digámosles que Dios los ama y los perdona, como lo hizo con el publicano. Después de todo, "Dios es infinitamente mejor al amar que nosotros al pecar".

Entonces, acerquémonos a Dios en nuestra oración con humildad y confianza. Pidámosle que nos perdone nuestros pecados. Invocamos le para que nos dé un espíritu de humildad. ¡Que Dios los bendiga a todos!

**Eclesiástico 35: 15-17, 20-22; 2 Timoteo 4: 68, 16-18: 2; Lucas 18: 9-14**



Fecha de la Homilía: el 27 de Octubre, 2019  
© 2019 – Padre Felicien I. Mbalala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbalala.org](http://www.mbalala.org)  
El nombre de Documento: 20191027homilia.pdf